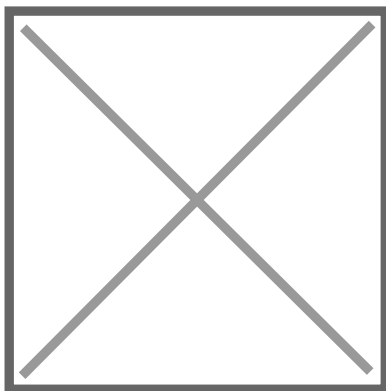




582286

REDACCION

Diario La Segunda

Vamos 4 de agosto de 2000 9

El veneno de la literatura



Escribe
Jorge Edwards

A veces, después de encontrarse con una persona en cualquier lugar de este mundo, Pablo Neruda me decía en voz baja, con aire confidencial, que había notado que estaba contaminado por el veneno de la literatura. Lo había observado en algún detalle de la conversación, en una mirada de angustia, en la ansiedad por darle a conocer un poema, un libro de cuentos, un texto entre lírico y filosófico de rumbo más bien crítico. Ahora sospecho que aquella contaminación ha crecido en forma vertiginosa. El veneno de la literatura, como lo llamaba Neruda, es en cierto modo el reverso de la verdadera experiencia literaria. Y vivimos rodeados de personajes obsesionados por la manía de darse a conocer, de ser descubiertos, de difundir sus exposiciones verbales. Para salvar al mundo y salvarse ellos de no se sabe qué. Uno escarba un poco y encuentra al doloroso poeta frustrado, al amenazante prosista en ciernes, dispuesto a exigirle a uno la lectura de sus últimas quinientas páginas, en cada esquina. Son personas que leen muy poco y que escriben con saña, con furia, con ambición de inmediatez y con gusto casi siempre escaso. Yo creo que tenemos que volver a ciertas normas esenciales. Tenemos que redescubrir el carácter natural, humano, íntimo, ajeno al mercado y al comercio, de toda literatura auténtica. De lo contrario estamos perdidos. Los libros serán huérfanos por las nuevas tecnologías y nos convertiremos en un país de zombies, de activistas desconchados: un país en que la literatura será reemplazada por la grafomanía.

Me pongo a leer las memorias de Francisco Coloane. Los pasos del hombre, y me encuentro a poco andar con un párrafo interesante y revelador, que sólo puede ser escrito por un escritor de vocación, por un narrador de tomo y lomo. Coloane nos cuenta que no puede explicar cómo aprendió a leer y a escribir. En otras palabras, cómo se encontró a sí mismo convertido, de la noche a la mañana, en un pueblo perdido de la isla de Chiloe, en los años remotos de la infancia y de la adolescencia, en lector y escritor. A veces, cuenta, escribe con alegría y con entusiasmo. En otras ocasiones, en cambio, lo hace con esfuerzo y abarrimiento, "pensando que si yo me lateo con lo que escribo más deben latearse los lectores, y entonces lo dejo". El aburrimiento se contagia, en resumidas cuentas, y también se contagian el entusiasmo y la alegría. Estas memorias de Coloane tienen un ritmo, una gracia, una sabiduría, que son enteras y perfectamente contagiosas. Prefiero de lejos las partes de la infancia y la juventud, del sur, de los pájaros y los caballos, del mar. También me quedo con las figuras de los viejos parientes y de los personajes rurales y marinos, figuras primitivas, socarronas, llenas de humanidad. Entre ellos hay un abuelo que andaba a menu-

do con el "espíritu volante", el del aguadiente, y que tenía visiones mágicas, como la de un burro plateado y con las orejas como paños. El abuelo en cuestión murió sepultado por un árbol que él mismo había derribado, a edad avanzada, en un momento en que se había olvidado de la técnica de los leñadores.

Pero vuelvo al tema de la literatura, su aprendizaje, su alegría y su veneno. Coloane dice que la literatura no ha sido tan indispensable para él, después de todo, y llega a la conclusión de que la literatura, para un escritor de verdad, es un llamado, una inclinación, quizás un destino, pero no exactamente una necesidad. Y me digo que el arte literario convertido en profesión, en modo de vida, tiene un ingrediente peligroso y venenoso, aparte de que ya ha dejado de ser arte. Salen por ahí nuevos escritores que tratan de abrirse camino a codazos, a oscupitajos, a patadas en las canillas, como si estuvieran obligados a sacar a los otros para conquistar su espacio. Pero resulta que no existe un espacio ocupado por determinadas personas y determinadas jerarquías. Sólo hay una voz personal, una respiración, una mirada, y el que las tiene puede quedarse tranquilo. Coloane, desde Quemchi, nos trae una mirada, una manera, una visión propia. Coloane nos habla de los cheltes, de las patracas, del OJO del Silabario Matte y de sus numerosas metamorfosis, que culminan con el ojo de Dios, y nos deja envueltos, metidos en su órbita, libres del esfuerzo y del aburrimiento, contagiados por la alegría.

He alternado en estos días la lectura de Los pasos del hombre de Coloane con la de un clásico francés, Del amor, de Stendhal. Me han invitado a Bogotá, la capital de Colombia, a participar en un encuentro literario y a decir un breve discurso sobre el tema del amor, ni más ni menos, y he creído que la lectura del ensayo de Stendhal es una preparación más que adecuada. Las teorías del ensayo de Stendhal no me parecen demasiado buenas, pero las anécdotas, los ejemplos, las historias, son formidables. El novelista utilizaba su experiencia de enamorado, de soñador, de hombre del Romanticismo, y la ponía sobre la mesa. Pues bien, lo esencial es lo siguiente: Stendhal creía por encima de todo en la alegría, en el entusiasmo, en la energía natural. No escribía una línea si no tenía convicción. En el último de los prefacios que escribió para el texto que se llamó en un comienzo Ensayo sobre el amor dice que entre 1822 y 1833, esto es, durante los primeros once años que siguieron a la publicación del libro, sólo tuvo diecisiete compradores y posibles lectores. Después de veinte años de existencia, el ensayo fue comprendido, informa su autor, por "un centenar de personas curiosas". Coloane, después de sesenta o más años de escritura, ha conseguido a ser comprendido en Francia, en Italia y en otros países de Europa. ¿Por qué no? La alegría, el juego de la literatu-

ra, son eminentemente contagiosos. Stendhal sugiere que el amor es una enfermedad. Sólo sabe algo del amor la persona que pierde su tiempo, la que distingue el timbre de una voz y se queda pensativa, ensimismada, absorta en toda clase de sueños. El empresario, el director de una industria, el abogado de sociedades anónimas, no conocen estas sensaciones y en su fuero interno las desprecian. La atención absorbe de Coloane frente a los pájaros, a la naturaleza, como la de Stendhal frente a los fenómenos del amor y de su cristalización, pertenecen, en definitiva, a la misma esfera.

Señe hace un año o un par de años con Francisco Coloane en Lisboa. Nos llevaron a un restaurant de la costa y Coloane descubrió que un gran peñón salido hacia el Atlántico era el Cabo de Hornos. Comimos mariscos cerca de un Cabo de Hornos fantasmagórico, en la costa más escarpada y extrema de Europa. Después nos llevaron a un canal de televisión y un periodista y crítico literario, Antonio Carvallo, si recuerdo bien el nombre, nos hizo una pregunta más bien difícil. "¿Creen ustedes, preguntó, que una persona como Francisco Coloane, que pertenece al extremo sur de Chile y del mundo, que nos cuenta historias de cacerías de ballenas y de exterminio de lobos marinos, y otra como el autor de esta crónica y de otros infundios, hombre del centro urbano de la ciudad de Santiago, del colegio de los jesuitas, de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, pertenecen al mismo país y a la misma cultura?"

Di algunos argumentos en favor de la idea de que Coloane y yo, pese a todo, pertenecemos al mismo mundo. La angosta faja de tierra, la extravagante cornisa llamada Chile, tiene una zona central y unos extremos. Coloane pertenece al extremo sur, a las cercanías del Cabo de Hornos, y yo soy persona del centro y de la capital, pero la cornisa extravagante, la angosta faja, son las mismas. Coloane habla en el español de Chile y yo también. Yo me encuentro en una calle de París con Francisco Coloane y nos reconocemos, nos entendemos, entramos a un boliche y pedimos un vaso de vino tinto de Borgogna o del Beaujolais. Quizás de qué hablamos, pero hablamos de cosas y de personas que forman parte de nuestra historia y de nuestra memoria común. El Coloane, Pancho, hombre del sur, ha vivido mucho en el centro, y yo conozco algo del sur. En resumidas cuentas, no existe el menor conflicto. Somos diferentes y semejantes. Nos reconocemos en la historia y no nos extrañamos tanto en la geografía. A todo esto, aprendo sobre patracas, sobre cheltes, sobre otros pájaros del sur. Son amores. Son pasiones que nunca se olvidan. No hay una diferencia esencial entre el espíritu de Stendhal, su soledad, su alegría, su gusto por la libertad, y el que sale a flote en Los pasos del hombre. Las divisiones que nos tratan de imponer son arbitrarias, buscadas. "Estimado señor Carvallo, contesto, pertenecemos a la misma geografía, al mismo país, a la misma lengua y a la misma historia. ¿Qué más quiere usted? Somos amigos y paisanos. ¿A parece poco?"

El veneno de la literatura [artículo] Jorge Edwards

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El veneno de la literatura [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile